



UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA

¿Cómo la Situación de los Migrantes se Convierte en un "Signo de los Tiempos"?

Brenda Paulina Rodríguez Muñoz

Asesor: Dr. Gustavo Zamora, Pbro.

**UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
DIVISIÓN DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
FACULTAD DE TEOLOGÍA
BOGOTÁ
2025**

Dedicatoria

A mi mamá y a mi abuela, por su amor incondicional y ejemplo de perseverancia y fe.

A mi papá, que emigró para darme una mejor oportunidad.

A mi tío y a mi hermana, por ser mi apoyo constante.

Agradecimientos

A Dios, por ser mi guía y fortaleza.

A los migrantes, quienes me abrieron las puertas de su historia, de su dolor y de su esperanza. Gracias por permitirme conocer su realidad y enriquecer mi vida, mi conocimiento y mi experiencia de fe con su testimonio.

Advertencia

La Universidad no es responsable por los conceptos expresados en el presente trabajo.

Contenido

Introducción	5
Capítulo 1: preliminares.....	8
1.1. Migración Colombia	8
1.2. Acompañar como Cristo acompaña: inicio del voluntariado pastoral	9
1.2.1. Testimonios	13
1.3. Metodología de la investigación	25

1.3.1. Metodología descripción del método	28
1.4. Método teológico: la teología latinoamericana	31
Capítulo 2: signo de los tiempos y solicitud de la iglesia	35
2.1. Estadísticas de migrantes	35
2.2. Concepto de migración	38
2.3. Fundamentos teológicos para la comprensión de la experiencia migrante	39
2.3.1. Eclesiología y migración: hacia una Iglesia en salida	40
2.3. Caridad y conversión: una llamada evangélica desde la herida del migrante.....	43
Capítulo 3: el éxodo de los venezolanos	46
3.1. La presencia de Dios en la historia migratoria.....	46
3.2. De la teofanía al acompañamiento cotidiano	51
Conclusiones	53
Referencias bibliográficas.....	55

Introducción

La sistematización de experiencias constituye un proceso metodológico que permite recuperar, analizar e interpretar las vivencias de un grupo de personas, con el fin de comprender su significado y extraer aprendizajes desde una perspectiva teológica y pastoral. En este trabajo, se ha optado por sistematizar la experiencia de migrantes venezolanos ubicados en el barrio Las Cruces, en Bogotá, Colombia, reconociendo en sus relatos cotidianos una expresión viva de las realidades sociales, culturales y espirituales que configuran el fenómeno migratorio en América Latina.

Para interpretar esta experiencia, se recurre al método teológico de la teología del pueblo propuesto por Juan Carlos Scannone, que articula los pasos de ver, juzgar y actuar. Este enfoque permite, en primer lugar, realizar una lectura de la realidad migratoria contemporánea (ver); en segundo término, iluminarla a partir de una fundamentación teológica que recurre al libro del Éxodo como texto clave para comprender la experiencia de desplazamiento, opresión, liberación y esperanza del pueblo de Israel (juzgar); y, finalmente, proponer caminos de acción pastoral y social que respondan a los desafíos planteados por esta realidad (actuar).

El diálogo entre los dos primeros capítulos de la tesis que abordan, respectivamente, la sistematización de experiencias migratorias y la reflexión teológica a partir del Éxodo permite construir un marco interpretativo en el que se reconoce que toda experiencia migratoria puede leerse como un itinerario teológico, donde Dios no abandona a su pueblo, sino que camina, sufre y se alegra con él en medio de su éxodo contemporáneo. En esta clave, el libro del Éxodo ofrece una luz que posibilita releer la historia de estos migrantes a partir de la acción salvadora de Dios y de su constante llamado a la dignidad y la libertad de toda persona.

El tercer capítulo, de naturaleza propositiva, plantea acciones pastorales y sociales concretas, basadas en las conclusiones que emergen del diálogo entre la praxis migratoria y la teología bíblica. Estas propuestas pretenden responder a los retos y desafíos que enfrenta el mundo actual en materia de migración, considerando las posturas sociales y políticas restrictivas presentes en países como Estados Unidos, Argentina y varias naciones de Asia, así como la actitud pastoral que debe asumir la Iglesia Católica a la luz del magisterio conciliar, especialmente desde la perspectiva de *Fratelli Tutti*, que propone una respuesta basada en la acogida, protección, promoción e integración de los migrantes. Como señala Francisco (2020), el derecho de todo ser humano de encontrar un lugar donde pueda no solamente satisfacer sus necesidades básicas y las de su familia, sino también realizarse integralmente como persona debe

ser respetado, recordando que no se trata solo de asistencialismo, sino de recorrer juntos un camino de encuentro y fraternidad.

Esta perspectiva eclesial, en diálogo con la experiencia bíblica del Éxodo y las voces de los migrantes venezolanos sistematizadas en este trabajo, invita a una conversión social y pastoral que rechace toda forma de exclusión y construya comunidades abiertas a las diferencias, solidarias y profundamente humanas.

Es importante señalar que, a lo largo de este trabajo, el lector podrá encontrar algunas ideas que se repiten en distintos momentos. Estas experiencias compartidas, aunque provienen de personas distintas, revelan vivencias similares, lo que permite identificar patrones comunes de sufrimiento, esperanza, exclusión y resiliencia. Por ello, se ha procurado conservar al máximo las palabras y sentidos originales de quienes participaron, reconociendo que su testimonio es también una forma de teología vivida.

Objetivo general

Reflexionar desde la fe, sobre la realidad que viven los migrantes venezolanos en el barrio las Cruces, en Bogotá, haciendo un camino de interpretación teológica inspirado en el libro del Éxodo, para aportar a su dignificación y una respuesta pastoral.

Objetivos específicos

- Sistematizar las experiencias de vida de familias venezolanas, en el Barrio las Cruces desde sus testimonios.
- Interpretar dichas experiencias a la luz de la teología del Pueblo de Dios, especialmente del método de Juan Carlos Scannone y el pensamiento de Gustavo Gutiérrez.
- Iluminar el fenómeno migratorio desde el texto bíblico del Éxodo, estableciendo paralelismos con la situación actual.

- Proponer líneas pastorales concretas que permitan responder, desde la Iglesia, a los desafíos de la migración forzada, en clave de fe, dignidad humana y fraternidad.

Capítulo 1: preliminares

1.1. Migración Colombia

Según los datos más recientes de Migración Colombia (2024), este país se ha consolidado como el destino con mayor número de migrantes venezolanos, alcanzando los 2.808.905 migrantes, de acuerdo con el reporte oficial de julio 31 de 2024. De este total, se registraron 70.220 migrantes venezolanos en situación regular, de los cuales 55.725 realizaron su entrada migratoria de forma regular a través de un Puesto de Control Migratorio (PCM) habilitado y, actualmente, 14.495 cuentan con la cédula de extranjería.

Asimismo, para la misma fecha, 2.278.850 migrantes venezolanos se encontraban autorizados o en proceso de autorización para obtener el Estatuto Temporal de Protección para Migrantes Venezolanos (EPTV), de los cuales 1.932.074 ya han recibido la autorización para el PPT, mientras que 346.776 aún continúan en proceso de obtención de dicho permiso.

Además, en Colombia había aproximadamente 458.776 migrantes venezolanos en situación irregular, 203.373 eran personas portadoras del PEP quienes en el marco del EPTV, tenían la obligación de registrarse en el Registro Único de Migrantes Venezolanos (RUMV)

antes del 30 de abril y no lo hicieron. 185.279 ingresaron al país de manera regular por un puesto de control migratorio, pero superaron el tiempo de permanencia y 70.144 ingresaron al país sin autorización, según datos de migración Colombia.

A pesar de los esfuerzos por regularizar su situación, muchos migrantes venezolanos enfrentaban desafíos adicionales, como la falta de acceso a servicios básicos, que los colocaba en una posición aún más vulnerable. A esta crisis se sumó la pandemia de COVID-19, durante la cual un número significativo de migrantes venezolanos que se encontraban en Colombia perdió sus fuentes de trabajo, así como el acceso a vivienda y alimentos. Frente a esta situación de emergencia, la comunidad del Centro Interprovincial San Francisco Javier Teologado, ubicado en la calle 07 sur No 18 – 34, barrio San Antonio, identificó la difícil condición de los migrantes que permanecían en los alrededores del sector y decidió gestionar fondos para brindarles apoyo, especialmente en temas de alojamiento y alimentación básica.

1.2. Acompañar como Cristo acompaña: inicio del voluntariado pastoral

Sin embargo, conforme la pandemia fue llegando a su fin, la perspectiva sobre cómo ayudar a los migrantes cambió. Dos jesuitas estudiantes se sumaron al proyecto y decidieron reorientar los objetivos iniciales, promoviendo la creación de proyectos laborales para los migrantes, con el fin de que pudieran generar sus propios ingresos. Se les ofreció la posibilidad de trabajar con carritos para vender frutas, comida rápida o mercadería, entre otros emprendimientos. No obstante, surgió un problema importante: muchos de los niños migrantes no estaban escolarizados, lo que no solo representaba una falta de acceso a la educación, sino que también impedía que tuvieran acceso a servicios básicos como la alimentación escolar.

Fue así como el equipo decidió redirigir su enfoque hacia el apoyo educativo. Se estableció una colaboración con la organización América Solidaria, la cual aportó voluntarios

con experiencia en el apoyo escolar, además de ofrecer capacitación a los adultos migrantes para que pudieran acceder a oportunidades laborales. Para el acompañamiento emocional y psicosocial de los migrantes, se creó el sistema de “Ángeles Solidarios”, compuesto por un grupo de voluntarios que asistían una vez al mes, o con mayor frecuencia si se consideraba necesario, para brindar apoyo a los adultos en diversas áreas de su vida.

En este proceso, se sumó también la Pastoral Universitaria de la Universidad Santo Tomás, que decidió involucrarse en el proyecto, considerando que era una oportunidad para confrontar las realidades y prejuicios que a menudo se tienen sobre los migrantes. El objetivo era que los estudiantes que participaran en el proyecto pudieran desarrollar una nueva percepción sobre los migrantes, especialmente en sectores como Las Cruces, que históricamente han enfrentado condiciones sociales complejas y problemáticas asociadas a la exclusión, la pobreza y diversas formas de vulnerabilidad. El contacto con la Parroquia de San Francisco Javier, ubicada en la Cra 5a #8 sur 49 en el barrio Villa Javier, facilitó el acceso a esta realidad social. Este vínculo permitió a los participantes del proyecto adquirir habilidades sociales, útiles para interactuar con una población que, por su naturaleza, está en constante movimiento.

En el transcurso de la iniciativa, se mantuvo el apoyo escolar como una de las principales líneas de acción, aunque con un enfoque cada vez más orientado hacia actividades recreativas y de convivencia. A través de juegos y ejercicios que promovían el respeto a las normas y el rechazo a la violencia, se buscaba ofrecer a los niños y jóvenes migrantes una experiencia diferente a la rutina diaria que enfrentaban. La idea era crear espacios que les permitieran entender que existía un mundo distinto, más allá de la marginalización y la exclusión social.

Sin embargo, el acompañamiento a los adultos fue disminuyendo con el tiempo, en parte debido a la falta de resultados tangibles en términos de inserción laboral y de respuestas inmediatas a sus necesidades. No obstante, el componente cristiano del proyecto se mantuvo

presente en todo momento, pues el fundamento de esta acción pastoral se basaba en la enseñanza de que no se puede amar a Dios sin amar al prójimo concretamente. Si los migrantes estaban pasando hambre y carecían de lo más básico, se veía como un llamado urgente a la acción.

El proyecto seguía los pasos de Jesucristo, quien vino a acompañar a los más pobres, los marginados, los oprimidos y los que sufrían injusticias, como lo dice en el libro del Éxodo “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto; he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios y para subirlo de esta tierra que mana leche y miel” (Éxodo 3, 7-8). En este sentido, los migrantes venezolanos se presentaban como una población que, en muchos aspectos, compartía las características de los excluidos que Jesús atendía. Como lo expresa la tradición bíblica, la religión judía ya tenía un mandato claro sobre la necesidad de cuidar a los migrantes: "porque ustedes fueron migrantes en Egipto" (Ex 23,9), lo que subraya la importancia de reconocer y asistir a quienes viven en situaciones de vulnerabilidad.

El vínculo con las comunidades de Las Cruces fue particularmente revelador. La invitación a participar en la vida cotidiana de estas comunidades permitió una conexión más profunda con las realidades de los migrantes. El contacto directo con las personas y el conocimiento de sus condiciones de vida y dificultades fueron lecciones significativas. La generosidad de las personas, a pesar de la precariedad en la que vivían, fue un aprendizaje crucial para el equipo. A menudo, cuando visitaban estas comunidades, los migrantes los recibían con una arepa, café o chocolate, a pesar de que ellos mismos no tenían lo suficiente para sus necesidades básicas. Este gesto de generosidad, a pesar de las adversidades, se convirtió en un testimonio de la dignidad y humanidad que aún prevalecía en medio de la pobreza.

Este proceso de acompañamiento también reveló cómo, en ocasiones, las comunidades más marginalizadas no se sienten dignas debido al trato hostil que reciben de la sociedad en

general. Son frecuentemente estigmatizadas, maltratadas y discriminadas, siendo llamados despectivamente *venecos*, escupidos o humillados. En este contexto, el simple acto de escuchar y acompañar a estas personas, sin prejuicios, les devolvía en parte la dignidad que la sociedad les arrebatava.

Finalmente, el enfoque cristiano implícito en todo el proyecto se basaba en la comprensión de que todos los seres humanos comparten la misma dignidad, independientemente de su origen o condición social. Esta perspectiva se mantenía firme en todas las acciones emprendidas, con el convencimiento de que seguir los pasos de Jesús implica estar al lado de los más pobres y marginados, acompañándolos en sus luchas y ayudándoles a recuperar su dignidad.

Como lo expresó uno de los jesuitas que inició el proyecto:

A mí teológicamente me enseña también que hay que medir las cosas de una manera diferente a como las mide el mundo, el mundo siempre se guía por los éxitos, por el dinero, y acá la mayoría de las veces te das contra una pared porque son fracaso tras fracaso, frustración tras frustración y realmente cuando Jesús murió fue una frustración enorme al principio y creo que es importante para nosotros convivir con esa frustración, no dejarnos llevar por la vanagloria por lo que da éxito, como satisfacción sino hacer lo que Dios te dice, lo que pide Jesús, estar con los más pobres, acompañar a los más pobres, darle dignidad, devolverles la libertad a los más pobres. (Miguens, comunicación personal, 2024).

El testimonio de Ernesto Miguens, uno de los jesuitas que inicialmente impulsó el proyecto en el barrio San Antonio y que, posteriormente, extendió su acompañamiento pastoral al sector de Las Cruces, refleja profundamente la filosofía que guía el proyecto, marcada por una visión cristiana que trasciende los estándares de éxito material y social que propone generalmente el mundo. La frustración y el fracaso, mencionados en su experiencia, son un

recordatorio de que el verdadero llamado no siempre se manifiesta en resultados inmediatos o visibles, sino en la fidelidad a lo que Dios pide: estar junto a los más pobres y marginados. Vivir en estas condiciones, aceptar que el verdadero impacto no siempre se mide por cifras o logros tangibles, sino por la dignidad restaurada en aquellos que más lo necesitan, es un desafío constante. Este enfoque invita a abrazar esa frustración no como una derrota, sino como una oportunidad para seguir el ejemplo de Jesús, quien, a pesar de su sufrimiento y frustración en la cruz, nunca dejó de estar con los más necesitados. Es en esa constancia, en ese caminar junto a los pobres, donde se encuentra la verdadera satisfacción y sentido de la misión.

A continuación, se podrán evidenciar unos testimonios auténticos de migrantes venezolanos hacia Colombia, que nos hablan de sus razones para migrar, como fue migrar y dejar a sus familias para buscar un mejor futuro, cuáles han sido sus sufrimientos a lo largo del camino sino al llegar a vivir en un territorio donde la inseguridad y las sustancias psicoactivas hacen parte del diario vivir, la privacidad ya no es una opción, encontrar trabajo no es una tarea fácil y el tiempo en familia es limitado, la xenofobia que sufren los niños en los colegios.

Hermanos, escuchemos a Cristo que nos quiere hablar por medio de los migrantes, y conozcamos su pasión y cruz con la ayuda de estos testimonios auténticos, que nos ayudarán a comprender vivamente lo que está aconteciendo. Esto no es un documento de lectura amena o erudición, sino un llamado al corazón de cada uno de nosotros. Hoy el Señor nos dice: ‘Mira que estoy a la Puerta y llamo[...]’. (Apocalipsis 3, 20)

1.2.1. Testimonios

Las voces que más eco hicieron son especialmente las de los más pequeños, como lo son Anhais y su hija, migrantes provenientes del estado Zulia, Venezuela, quienes con ternura y nostalgia tienen algunos recuerdos de su tierra natal: “La arena, los partidos en la arena y los

pasteles que hacíamos con ella... llenábamos globos como si fuera carnaval” (comunicación personal), recordó la niña con una sonrisa. Había playa cerca, y aunque vivían en ciudad, su mundo estaba lleno de juegos, familia y un ambiente inocente, a diferencia de lo que era vivir en un paga diario en las Cruces, Bogotá.

Cuando se les preguntó por los recuerdos más importantes de su familia, respondieron con sencillez: “Mis primas, mi papá, mi mamá” (comunicación personal). En medio del desarraigo, lo esencial se vuelve aún más claro: lo que se extraña no son cosas, sino vínculos.

¿Como ha sido su proceso de adaptación en Colombia?

Es evidente que no ha sido fácil; muy duro — en palabras de Anahis — todos los días viajaba a Venezuela en mi mente. Todos los días decía: me quiero ir, me voy para Venezuela, esta semana me voy... y nunca me fui. Acá estoy. (Comunicación personal)

Su testimonio encierra la experiencia compleja del duelo migratorio, en el que el cuerpo está en un lugar, pero el corazón sigue habitando el que se dejó atrás.

Anahis también nos compartió un poco de lo que era su vida en Venezuela:

Mi esposo era pescador, el único que ha trabajado es él, ahora yo me quedo con los niños, los llevo al colegio, los recojo... Cuando llegué aquí, llegué sola con mis tres hijos, después de un par de semanas llegó mi esposo, él paga el arriendo y nos da la comida y no trabajo, porque a mi esposo no le gusta que deje a los niños con cualquier persona. (Comunicación personal)

Uno de los momentos más difíciles para esta familia fue la falta de recursos para pagar el arriendo. “Nos preocupa mucho. Yo me enfermaba cuando no tenía para el arriendo, me daba dolor de cabeza, fiebre, eso fue lo más duro” (comunicación personal), confesó Anahis, con voz quebrada por el peso de las preocupaciones cotidianas,

Cuando se les preguntó si habían recibido apoyo de la comunidad local, organizaciones eclesiales o alguna ONG, la respuesta fue clara: “Con ustedes es la única ayuda así” (comunicación personal). Esta respuesta resalta que, aunque hay presencia de organizaciones, la única ayuda que han recibido ha sido aquella que se hace de manera personal y directa, evidenciando la diferencia que marca un acompañamiento más humano y directo, en medio de la indiferencia.

Cuando recordaron las experiencias de ayuda que más agradecían, Anahis relató con una voz cargada de emoción: “Una ayuda es una bendición, en el momento que yo no tenía para pagar el arriendo y ustedes me ayudaron... Primero Dios y en verdad la única ayuda que he recibido ha sido la de ustedes” (comunicación personal). Estas palabras que evidencian el peso de la solidaridad, no solo en términos materiales o meramente asistenciales, sino en su capacidad para acompañar el dolor emocional de la incertidumbre y el miedo.

Sin embargo, como es común en muchos procesos de ayuda, no todo fue fácil. Anahis también recordó las situaciones dolorosas: “Cuando no teníamos para pagar el arriendo... esa fue una de las experiencias más difíciles, la angustia de no saber qué hacer” (comunicación personal). Este testimonio resalta la lucha interna y la carga emocional que enfrentan muchas familias migrantes cuando la ayuda nunca llega o simplemente no es suficiente.

A nivel espiritual, la migración también ha tenido un impacto profundo en la familia.

Me ha ayudado, gracias a Dios, porque en Venezuela pasábamos hambre, pasábamos todo el día sin comer. Acá, gracias a Dios, a mis hijos no les falta el desayuno, el almuerzo ni la cena. Siempre digo: ‘Gracias, Padre, porque si nos trajiste hasta aquí, por algo será’. (Comunicación personal)

La migración, aunque llena de sufrimiento, también ha sido una oportunidad para profundizar la fe, para encontrar razones para agradecer en medio de las dificultades. Anahis

concluyó: “Si algún día nos volvemos a Venezuela, amén, gloria a Dios” (comunicación personal).

Respecto a su futuro, Anahis y su familia no han cerrado la puerta a la idea de en un futuro regresar a Venezuela. “Si Dios nos lo permite, en diciembre vamos a regresar de viaje. Si a mí me dieran la oportunidad, yo me quedaría aquí” (comunicación personal). Sin embargo, también son conscientes de las dificultades que enfrentan: “Aquí no nos ha ido tan bien, pero tampoco tan mal. Quisiera ver a mi papá que está en Valledupar, y mi esposo quiere ver a su mamá que está en Venezuela” (comunicación personal). A pesar de los retos, la familia sigue alimentando la esperanza de que su regreso a su tierra natal podría ser una posibilidad. “Mi esposo dice que vamos a acomodar la casita, a arreglarla y volvemos, si Dios quiere. Pero allá no tenemos oportunidad de trabajo” (comunicación personal), reflexionó Anahis, transmitiendo el dolor de una decisión que se toma entre la nostalgia por su país y la necesidad de estabilidad para su familia, sobre todo de sus tres hijos.

Adahi Carolina Álvarez, de 26 años, es una madre de una niña y un niño, que ha vivido un proceso migratorio lleno de sacrificios y recuerdos que aún la acompañan. En su relato, Adahi destaca lo que más extraña de Venezuela: “Todo me recuerda a Venezuela, allá es mi hogar y allá es donde yo la pasaba bien” (comunicación personal). Uno de los recuerdos más queridos es la libertad que tenía para salir a diario, algo que ahora siente limitado en su nueva vida en los paga diarios de las Cruces, donde se vive un ambiente bastante hostil, sobre todo entre mujeres que están dispuestas a hacer lo que sea por proteger a sus hijos: “Lo que más extraño es salir todos los días, acá mantengo encerrada. Íbamos cada ratito a la playa, me le escapaba a mi mamá y me iba a rumbear” (comunicación personal).

Su proceso de migración comenzó hace 7 años. Ella fue la primera de su familia en emigrar a Colombia. Relata cómo dejó a sus hijos en Venezuela con su madre para vivir

inicialmente con su papá en Valledupar, donde estuvo un año. Luego, regresó a Venezuela para reunirse con sus niños y pasó un tiempo celebrando el primer cumpleaños de su hija en su tierra natal. Aunque el recuerdo de ese país sigue vivo en su corazón: “Fui en diciembre del año pasado y duré allá hasta el 25 de enero que me regresé nuevamente” (comunicación personal).

El impacto en la educación de sus hijos fue notable. Aunque inicialmente enfrentó la dificultad de no poder enviar a su hijo a la escuela en Venezuela, cuando llegaron a Colombia, los niños rápidamente se adaptaron al colegio y al jardín. Adahi menciona con gratitud: “Agradezco mucho desde que entró al colegio porque cuando lo traje, como en Venezuela nunca lo pude poner a estudiar, me lo traje y acá lleva seis meses estudiando, se ha adaptado rápido y ha aprendido mucho” (comunicación personal). La diferencia en la calidad educativa entre ambos países es evidente para ella. “La educación ha sido mejor acá que en Venezuela, en Venezuela no hay profesores, no hay pupitres, no hay nada” (comunicación personal), explica, destacando las dificultades que enfrentaban los niños en su país de origen para acceder a una educación básica.

A lo largo de su proceso migratorio, Adahi también ha experimentado momentos de alivio gracias a algunas ayudas humanitarias. Al llegar a Valledupar, recibió apoyo de la Cruz Roja, lo cual fue fundamental en una etapa en la que se encontraba sola con sus hijos: “Me daban una ayuda de 370 mil pesos mensuales, yo tenía la niña pequeña y le compraba los paquetes de pañales de 100 y me duraban hasta que me dieran la ayuda nuevamente” (comunicación personal). Esta experiencia fue significativa, ya que representó un respiro en medio de la incertidumbre que implicaba iniciar una nueva vida en un país desconocido.

En Bogotá, también recibió ayuda de una persona a la que guarda gratitud. Aunque no se trató de una organización formal, ese gesto tuvo un impacto positivo y duradero en su memoria.

A pesar de las muchas dificultades vividas, afirma no haber tenido experiencias dolorosas asociadas a la ayuda recibida.

Respecto al deseo de regresar a Venezuela, Adahi expresa una fuerte conexión emocional con su país de origen. Aunque reconoce que la situación actual no permite una vuelta definitiva, mantiene la esperanza: “Si se compone, yo soy la primera que viajo” (comunicación personal). Por ahora, contempla visitas breves, sabiendo que su estabilidad está en Colombia.

En lo espiritual, la experiencia migratoria ha sido transformadora. “Mi relación con Dios mejoró” (comunicación personal), afirma, reconociendo que, a pesar de las dificultades, sus hijos no pasan hambre y pueden estudiar. Aunque en Venezuela disfrutaban de la playa y la arena, en Colombia han encontrado otras formas de bienestar, como los parques y el entorno educativo que ahora tienen.

María, de 35 años, guarda con mucha nostalgia los recuerdos de su tierra natal, Barquisimeto, estado Lara, Venezuela. Su infancia, adolescencia y los momentos más importantes de su vida, como el nacimiento de sus hijos siguen vivos en su memoria. La vida en Venezuela era una etapa llena de esperanza y planes, aunque ahora, al mirar atrás, también están presentes las dificultades de esa época.

Josué, su hijo de 12 años, también tiene recuerdos muy claros de su vida en Venezuela. “Vine de Venezuela a los 9 años, allá jugaba con los amigos, y recuerdo principalmente a mi primo, jugaba fútbol, piquis”, comenta con una mezcla de melancolía y cariño hacia los momentos compartidos. Para él, esos años representan más que un hogar, son las bases de su identidad.

En cuanto a los recuerdos familiares, María resalta la importancia de los consejos de su madre y cómo esas enseñanzas la han acompañado a lo largo de su vida. “Gracias a los consejos de mi mamá soy lo que soy aquí en este país” (comunicación personal), menciona con gratitud y

lágrimas en sus ojos, destacando el papel fundamental que la familia jugó en su formación personal. A pesar de las dificultades de la migración, la conexión con su familia sigue siendo un pilar fundamental.

Durante el primer año, María vivió en diferentes ciudades colombianas, como Riohacha, Valledupar y Maicao, explorando las oportunidades que el país podía ofrecerle y analizando si realmente fuera un buen lugar para trasladar a su familia. "Mi objetivo era encontrar un lugar donde mis hijos pudieran tener un mejor futuro. Vi muchas oportunidades para ellos aquí, y eso fue lo que me hizo decidirme a traerlos" (comunicación personal), explica.

Al principio, su vida en Colombia no fue fácil. Enfrentó muchas dificultades, especialmente por no tener el permiso del padre de sus hijos para salir de Venezuela. "Cuando me paraban en las fronteras, me decían que no podía viajar sin ese permiso, pero siempre encontré la forma de explicarles mi situación" (comunicación personal), cuenta María con determinación. A pesar de los obstáculos, nunca perdió la esperanza.

En sus primeros años en Colombia, trabajó en casas de familia y, en su estancia en Riohacha, fue donde verdaderamente sintió el apoyo que necesitaba. "En Venezuela, cuando hubo la crisis eléctrica y se fue la luz por varios días, me tendieron la mano y me ofrecieron comida. Esa gente me ayudó mucho" (comunicación personal), recuerda. Este apoyo le permitió continuar con su proyecto de vida, que no solo implicaba establecerse en Colombia, sino también traer a sus hijos.

Finalmente, después de un año de estar separada de sus hijos, María regresó a Venezuela para completar los trámites de los documentos necesarios para que ellos pudieran viajar. Pasó seis meses gestionando los papeles y, al regresar, pudo finalmente traerlos a Colombia. "Yo sabía que tenía que ser fuerte por ellos. Decidí que mis hijos merecían más que lo que les podía ofrecer Venezuela en ese momento" (comunicación personal), dice con convicción.

Hoy, después de casi cuatro años viviendo en Colombia, María se siente agradecida por las oportunidades que ha logrado brindar a sus hijos, especialmente en términos de educación. “Mi hijo Josué ha tenido una mejor educación aquí, en Venezuela no había profesores ni pupitres. Aquí, por lo menos, tiene la oportunidad de aprender y crecer” (comunicación personal), dice con nostalgia. A pesar de que los recuerdos de Venezuela y las difíciles circunstancias que dejó atrás siguen presentes, María no se arrepiente de su decisión de emigrar. “Sé que hice lo correcto, mis hijos están aquí, educándose, y yo también estoy aprendiendo y creciendo” (comunicación personal), afirma.

Aunque ha escuchado muchas opiniones negativas sobre Colombia, María se siente agradecida por las oportunidades que ha encontrado en el país. “Cuando llegué, muchas personas me decían que Colombia era difícil, que vivir aquí era caro, pero yo quería comprobarlo por mí misma. Y la verdad es que aquí encontré la oportunidad de salir adelante” (comunicación personal).

Josué su hijo mayor, quien en su experiencia escolar vivió situaciones dolorosas afirma entre lágrimas. “En el colegio, muchos colombianos nos han humillado solo por ser venezolanos. Nos decían que éramos unos muertos de hambre, que nos regresemos a nuestro país. Y en la calle también nos pasaba” (comunicación personal). María también reflexiona sobre esto, y cómo ha tratado de enseñarles a sus hijos a mantener la cabeza en alto. “A veces uno cuenta más con los colombianos que con los mismos venezolanos. En un paga diario, es difícil, especialmente porque si veían que tú trabajabas, te ponían en una situación difícil, como si fueras a dar lastima” (comunicación personal), comparte María, destacando cómo su carácter fuerte le ayudó a enfrentar estas adversidades y a enseñarles a sus hijos que el respeto por uno mismo es clave.

Con el tiempo, la situación de la familia mejoró. Después de vivir en un paga diario con las dificultades de convivencia, de robos y falta de privacidad, María y sus hijos pudieron

mudarse a un lugar más adecuado. “Hace un año salimos de Las Cruces a un barrio mejor. Aunque el apartamento era caro y los servicios nos estaban afectando económicamente, gracias a Dios conseguimos un lugar más económico donde mis hijos tienen privacidad, su propio baño, y todo está mejor” (comunicación personal), dice María con alivio. Aunque la vida en el nuevo edificio ha sido más tranquila, siempre estuvo enfocada en lo que realmente importaba: el bienestar de sus hijos.

En su lucha constante por ofrecerles lo mejor, María recuerda aquellos momentos difíciles en los que luchó por sacar a sus hijos de un ambiente de inseguridad, temiendo que ellos pudieran verse expuestos a situaciones de riesgo y problemáticas sociales presentes en ese entorno. “Los tengo que sacar de ese barrio, no quiero que vayan a ese lugar. Tienen familiares allí, pero yo les digo que no, que no quiero que mis hijos se queden en ese ambiente ” (comunicación personal), comenta con determinación.

La experiencia migratoria ha traído aspectos positivos en la educación y el trabajo para María y sus hijos. Josué, al referirse a la educación, expresa que “la educación es mejor aquí” (comunicación personal), resaltando el contraste con lo que vivieron en Venezuela. Para María, Venezuela en su época de prosperidad era un país lleno de oportunidades. “Mi país era rico y yo me ganaba bastante para darle un buen futuro a mis hijos, para ayudar a mi mamá y compartir con mi familia” (comunicación personal), recuerda con nostalgia. Sin embargo, ella señala que la situación cambió drásticamente cuando el país empezó a deteriorarse bajo el gobierno del actual presidente Nicolás Maduro. Explica que las escuelas dejaron de enseñar sobre la verdadera historia del país y se enfocaron más en ideología política. “Empezaron a enseñarles a los niños sobre Maduro y su gobierno, olvidándose de figuras históricas como Simón Bolívar y Cristóbal Colón” (comunicación personal), afirma María, destacando cómo se comenzó a cambiar la educación para imponer una doctrina política.

En contraste, al llegar a Colombia, María pudo notar la diferencia en la educación.

Cuando vine para acá hace dos años, me sorprendí porque a Naudi su hijo mayor, le dejaron una tarea de física, que ni siquiera yo había visto en ese grado. Me comuniqué con mi hermano en Venezuela, y él me dijo que esa era la misma tarea que le habían dado cuando él estaba por salir del bachillerato, lo que me hizo reflexionar sobre la diferencia en la educación entre ambos países. (comunicación personal)

Además, destaca cómo en Venezuela los niños no reciben clases de idiomas ni una educación diversa, lo cual fue otro aspecto positivo que encontró en Colombia.

A pesar de las mejoras en la educación, la migración también ha presentado desafíos significativos para la familia. Uno de los mayores desafíos es la falta de descanso y tiempo en familia. “Nunca tenemos descanso, no tenemos tiempo para estar en familia” (comunicación personal), comenta María. Aunque algunos días ella logra tener descanso, como en esta ocasión, la mayoría de los días debe trabajar en un extenso horario. “Trabajo todos los días como los colombianos, y si pierdes un día, tienes que gastar más para compensar. Pero a pesar de todo, veo todo lo demás bien” (comunicación personal), explica, mostrando su capacidad de resiliencia.

En cuanto al apoyo recibido, la familia ha tenido muy poco respaldo de la comunidad local y organizaciones. “Solo en Arauca, hace tres años, recibimos una ayuda de migración de personas de Estados Unidos. Ellos organizaban actividades los sábados para los niños, y ahí comían y se entretenían. Pero después de eso, no hemos recibido ayuda significativa” (comunicación personal), menciona María. A pesar de la falta de apoyo continuo, la familia recuerda con cariño esos momentos en los que los niños pudieron participar en actividades recreativas y pastorales que realizábamos. “Les faltaba estar conmigo, pero allí se entretenían. Se veían felices, como cuando aprendían algo nuevo con el padre Ernesto o cuando hacían

actividades como un barco de paleta. Esos momentos les daban alegría” (comunicación personal), recuerda con gratitud.

María tiene claras sus intenciones a corto y mediano plazo: migrar hacia Estados Unidos o España. Ella ha estado observando que varias de sus compañeras están en proceso de ayudar a otros venezolanos a salir del país y establecerse en esos lugares. “No pienso regresar a Venezuela” (comunicación personal), afirma con seguridad. Además, menciona que tanto ella como Josué tienen su carné, lo que les permite acceder a beneficios como el Sisbén y les da la posibilidad de estar como colombianos, facilitando su integración y proyectos de vida en Colombia.

Al recordar sus experiencias, María destaca con gratitud los logros de sus hijos, especialmente la graduación de Naudi y cómo se desenvuelven con más seguridad y aprendizaje en su nuevo entorno. “Ver que cada día mis hijos aprenden, la graduación de mi hijo Naudi, lo que aprende en el colegio... esos pocos momentos que he podido compartir con ellos, siempre he tratado de darles lo mejor” (comunicación personal), expresa con emoción.

Sin embargo, también hubo momentos dolorosos, sobre todo cuando no tuvo apoyo de nadie y atravesó situaciones difíciles. “Cuando no tienes ayuda de nadie, los momentos bajos son muy duros” (comunicación personal), comenta. La falta de trabajo, la escasez de recursos y la constante pelea por sobrevivir hicieron que esos momentos fueran aún más desafiantes. María relata que incluso peleaba con hombres por sus hijos, enfrentando situaciones que la obligaban a ser firme y valiente.

En cuanto al impacto espiritual de la migración, María cuenta que su fe en Dios se ha fortalecido. “Me ha ayudado, yo creo más en Dios” (comunicación personal), dice. Recuerda con emoción cómo decidió emigrar sin despedirse de nadie, solo de su madre, quien la acompañó hasta el terminal. “Cuando me fui, me dijo ‘no te vas a llevar los niños’, y yo le dije que sí,

porque soy su mamá y quiero darles un futuro mejor” (comunicación personal). La decisión de salir de Venezuela fue difícil, pero María estaba convencida de que debía hacerlo por sus hijos, a pesar de las dificultades que se presentaron en el camino.

Relata con detalle cómo fue el proceso de migración, especialmente la vez que fueron detenidos en la frontera, enfrentando la incertidumbre de si les permitirían llegar a Colombia. “Nos paró la Cabana y me preguntaron por qué sacaba a los niños sin el permiso del papá” (comunicación personal), cuenta. María se mantuvo firme en su decisión, argumentando que, como madre, su autorización debía ser suficiente. A pesar de los obstáculos y amenazas, logró continuar. “Nos abrazamos, caminamos dos cuadras, llevábamos dinero y comida, y llegamos. Pasamos la canoa y aquí estamos” (comunicación personal), concluye, emocionada al recordar aquel momento de victoria.

Para María, la migración ha sido un proceso lleno de sacrificios, pero también de fortalezas, tanto espirituales como personales. Su enfoque siempre ha sido asegurar un futuro mejor para sus hijos, y aunque las dificultades han sido muchas, su determinación la ha mantenido firme en su camino.

Vivir con ellos gran parte de esta experiencia, para luego escuchar y sistematizar su experiencia ha sido un proceso profundamente conmovedor y transformador, la historia de estas familias no solo representa unas experiencias individuales de migración, sino que encarna una realidad compartida por miles de personas, que en medio del desarraigo, dificultades, falta de educación, seguridad, calidad de vida, entre muchas otras cosas, siguen apostándole a la vida, al amor a sus hijos y a la dignidad humana,

Esta experiencia no solo desde la investigación y la práctica, sino también desde la experiencia personal, me enseña que la migración no es solo un desplazamiento físico, sino también emocional, social, espiritual y cultural. Las fronteras no solo separan territorios, también

exponen desigualdades, prejuicios, inseguridad y violencias cotidianas. En medio de todo esto, surgen también actos de fe, amor y esperanza en un Dios que camina con quienes más lo necesitan.

1.3. Metodología de la investigación

La metodología propuesta en esta investigación se fundamenta en la sistematización de experiencias este concepto ha sido creado históricamente en América Latina como respuesta y esfuerzos por construir marcos de interpretación teórica desde nuestra realidad, entendida como un enfoque que permite organizar, analizar y reflexionar de manera crítica sobre las vivencias y prácticas desarrolladas en un contexto determinado. Este proceso concibe las experiencias como procesos históricos en los que intervienen diversos factores, y trasciende la simple recopilación y ordenamiento de datos. Su finalidad es interpretar lo que ha sucedido o está sucediendo, para extraer aprendizajes significativos que contribuyan al enriquecimiento teórico y a la mejora de futuras intervenciones sociales, educativas, pastorales o teológicas.

En el contexto de la migración venezolana, la sistematización de experiencias se presenta como una herramienta crucial para entender las realidades de los migrantes, no solo desde una perspectiva social o política, sino también a través de la *reflexión teológica*. En este sentido, la sistematización permite organizar las experiencias de los migrantes en un marco que no solo describe las dificultades materiales (como el desarraigo, la falta de recursos y las barreras sociales), sino que también interpreta las dimensiones espirituales de la migración, como la búsqueda de *dignidad*, la *solidaridad* y las gestas de *esperanza* que surgen en medio de la adversidad.

Un componente clave de la metodología de sistematización en esta investigación es el uso de *entrevistas cualitativas* con migrantes venezolanos y actores pastorales que han estado

involucrados en su acompañamiento. Estas entrevistas no solo permitirán captar los hechos y situaciones vividas por los migrantes, sino que también proporcionarán una comprensión más profunda de los sentimientos, emociones y significados que los migrantes otorgan a sus experiencias.

La metodología de sistematización de experiencias, junto con el uso de entrevistas cualitativas, permitirá comprender de manera profunda las vivencias de los migrantes venezolanos en Colombia, integrando tanto los aspectos sociales como los teológicos. Este enfoque no solo busca documentar las realidades de la migración, sino que también permitirá a la iglesia y a las comunidades de fe reflexionar sobre su papel en la promoción de la *justicia social* y la *dignidad humana* de los migrantes. En este sentido, la sistematización de experiencias se convierte en una herramienta clave para mejorar las respuestas pastorales y construir una pastoral que sea verdaderamente *transformadora*, que escuche las voces de los migrantes y reconozca su dignidad en el marco de la fe cristiana.

Según Jara (2020), en numerosas ocasiones, se tiende a confundir la sistematización de experiencias con una simple narración, descripción o relato de los hechos ocurridos. En algunos casos, se asume que consiste únicamente en reconstruir de manera cronológica lo vivido. Aunque estos elementos resultan relevantes, constituyen solo el punto de partida. Lo esencial en un proceso de sistematización es la capacidad de interrogar la experiencia, es decir, analizar las razones y condiciones que permitieron que ciertos hechos ocurrieran de determinada manera. No se trata únicamente de identificar las etapas de un proceso, sino de comprender qué factores facilitaron la transición de una etapa a otra, qué aspectos dieron continuidad o generaron rupturas, y qué aprendizajes se pueden extraer de dichas dinámicas. Este ejercicio resulta especialmente valioso en contextos de acompañamiento a personas migrantes, donde las

experiencias se ven atravesadas por múltiples factores sociales, económicos y culturales que merecen ser comprendidos en profundidad.

La propuesta metodológica de Oscar Jara para la sistematización de experiencias se estructura en cinco momentos fundamentales. El primero de ellos consiste en vivir la experiencia, ya que quien lleva adelante la sistematización debe haber participado directamente en el proceso que desea analizar. En segundo lugar, es necesario que quienes han vivido esa experiencia elaboren un plan de sistematización, en el cual se definan con claridad qué se desea sistematizar, con qué propósito, sobre qué aspecto central se enfocará el análisis y cuáles serán las fuentes de información crítica que se utilizarán. Este plan puede incorporar diversas técnicas y procedimientos, según las características de la experiencia.

El tercer momento, considerado esencial, es la recuperación del proceso de la experiencia vivida. Aquí, lo característico de la sistematización es volver a recorrer el camino transitado, realizando una reconstrucción desde una lectura crítica y analítica. Este ejercicio permite, en primer lugar, descubrir aspectos que no habían sido advertidos inicialmente; en segundo lugar, identificar la secuencia de hechos que conformaron el proceso; y en tercer lugar, obtener una mirada panorámica que, más allá de lo puntual, permite comprender cómo se ha llegado al punto actual.

A partir de esa reconstrucción, se pasa al cuarto momento: la interpretación crítica. En esta etapa se convierte el relato de lo vivido en aprendizajes significativos, a través de un trabajo de teorización y reflexión crítica que pone en relación los diversos elementos de la experiencia. Es aquí donde se identifican los momentos de cambio y se contrasta lo que inicialmente se pretendía con lo que efectivamente sucedió, posibilitando así una comprensión más profunda del proceso y la construcción de aprendizajes colectivos.

Finalmente, el quinto momento consiste en comunicar y socializar los aprendizajes. La sistematización no se limita a una reflexión individual, sino que busca compartir los conocimientos obtenidos con otros actores y comunidades, para que puedan nutrirse de esa experiencia y enriquecer sus propias prácticas.

1.3.1. Metodología descripción del método

La metodología adoptada en esta investigación como se mencionaba anteriormente se centra en la *sistematización de experiencias*, un enfoque que permite organizar, analizar y reflexionar sobre las vivencias y prácticas que los migrantes venezolanos han experimentado en su tránsito hacia Colombia.

Los pasos que conforman este proceso metodológico son los siguientes:

1. Identificación de las experiencias a sistematizar.

El primer paso en este proceso metodológico es identificar las *experiencias significativas* que se van a sistematizar. Esto implica seleccionar las situaciones o relatos que, por su relevancia, pueden proporcionar una visión profunda de las realidades que enfrentan los migrantes venezolanos en Colombia. Esta selección se basa en criterios de representatividad, es decir, aquellos relatos que reflejan de manera fiel los desafíos comunes a los que se enfrentan los migrantes y que, además, permitan una reflexión teológica sobre su vivencia.

En este primer momento, es clave involucrar tanto a los migrantes como a los actores pastorales que han estado directamente involucrados en su acompañamiento, ya que se busca capturar una visión tanto desde la perspectiva de los migrantes como desde la mirada de la iglesia.

2. Recopilación de información.

Una vez seleccionadas las experiencias, el siguiente paso consiste en *recopilar la información* mediante entrevistas cualitativas, una herramienta fundamental en la sistematización de experiencias. Estas entrevistas, que se llevarán a cabo con migrantes y con los actores involucrados en su acompañamiento, tienen como objetivo recoger relatos detallados sobre las vivencias de los migrantes, sus desafíos, y las formas en que la iglesia y la sociedad han respondido a estas situaciones.

Las entrevistas serán semiestructuradas, permitiendo que los participantes compartan sus experiencias en sus propios términos. Se buscará no solo conocer los aspectos más visibles de su migración (como las dificultades económicas o las barreras legales), sino también profundizar en aspectos más personales y existenciales: ¿cómo ha afectado o contribuido a nivel espiritual la migración?

3. Análisis de la información: Reflexión crítica

El siguiente momento del proceso es el análisis de los datos recopilados. Este análisis se realiza bajo un enfoque hermenéutico, buscando interpretar los relatos no solo desde una perspectiva sociológica o política, sino también a la luz de los principios cristianos y la doctrina social de la iglesia. El objetivo es comprender cómo los migrantes viven su situación en términos de dignidad, justicia y esperanza, y cómo la iglesia ha acompañado estas realidades.

El análisis no se limita a la descripción de los hechos, sino que pretende profundizar en los significados de las experiencias. Se identificarán las categorías emergentes (como la solidaridad, el sufrimiento, la resistencia y la esperanza) y se reflexionará sobre cómo estos conceptos se conectan con los valores del cristianismo y con las intervenciones pastorales.

4. Sistematización y reflexión teológica

Una vez analizados los relatos, el proceso avanza hacia la sistematización de las experiencias, lo que implica organizar de manera estructurada la información obtenida,

destacando los aprendizajes y las lecciones clave. En este momento se realiza una reflexión crítica, no solo sobre los logros de las intervenciones pastorales, sino también sobre los retos y las debilidades de las respuestas dadas. La reflexión teológica aquí será crucial, pues permitirá poner en diálogo las experiencias vividas con el mensaje cristiano.

La sistematización no se limita a un ejercicio descriptivo, sino que busca una reconfiguración de las intervenciones pastorales, planteando una propuesta sobre caminos nuevos para acompañar a los migrantes con mayor eficacia y profundidad, basándose en los aprendizajes extraídos del análisis.

5. Comunicar y socializar los aprendizajes

Este último momento consiste en compartir los aprendizajes obtenidos a partir de la sistematización. En este caso, se concretan en la elaboración de este documento, cuyo propósito es visibilizar las experiencias de los migrantes venezolanos en Colombia y ponerlas en diálogo con la reflexión teológica. Esta socialización no solo busca informar, sino también interpelar a la comunidad eclesial, y en particular, a los teólogos, que orienten su mirada a estas realidades concretas desde una perspectiva de caridad comprometida.

En conclusión, la metodología de sistematización de experiencias propuesta en esta investigación no solo busca documentar las vivencias de los migrantes venezolanos en Colombia, sino que pretende reflexionar teológicamente sobre cómo la iglesia puede acompañar mejor a los migrantes en su proceso de integración y dignificación. A través de un proceso estructurado de identificación, recopilación, análisis, sistematización y propuesta, se espera generar conocimientos valiosos para futuras intervenciones pastorales que respondan con mayor profundidad a las necesidades espirituales, sociales y humanas de los migrantes.

1.4. Método teológico: la teología latinoamericana

A lo largo de la historia de la teología, diversas metodologías han surgido con el propósito de orientar o dar respuesta a los desafíos pastorales, sociales y culturales de acuerdo con cada época. En este contexto, el método teológico que se presenta a continuación busca ofrecer herramientas que permitan reflexionar críticamente sobre la experiencia de fe, a partir de una realidad concreta y actual como lo es la de las personas migrantes.

El punto de partida metodológico de esta propuesta es la experiencia concreta, entendida como la praxis de los pueblos y comunidades en su vida cotidiana, especialmente aquellas que padecen de situaciones como; exclusión, marginación o injusticia. En este sentido la teología pueblo de Dios propuesta por Juan Carlos Scanone, considera que la reflexión teológica no puede separarse de la vida y las luchas de las personas y sus comunidades, pues es en esta realidad donde Dios se manifiesta y el pueblo de Dios discierne su caminar.

Esta teología no parte metodológicamente del pasado, sino de la presencia actual del Señor en los pobres y en su situación histórica concreta. Esta realidad es interpretada a la luz de la Escritura y de la Tradición, considerándola como un signo de los tiempos. Según *Gaudium et Spes* 4, los signos de los tiempos son aquellas situaciones y acontecimientos históricos que, discernidos desde la fe, revelan las necesidades y aspiraciones de la humanidad y demandan una respuesta pastoral de la Iglesia. Además, en *Gaudium et Spes* 11 se afirma que esos signos no son solo pistas pastorales, sino también manifestaciones sacramentales de la presencia y acción de Dios en la historia, es decir, acontecimientos donde se hace visible y operante su gracia en medio del pueblo.

La praxis, como punto de partida en la teología latinoamericana, está estrechamente relacionada con una fe vivida, que se expresa principalmente en la caridad y en una opción preferencial por los pobres. Según Scannone (1994), esta praxis no es simplemente una acción

externa, sino una respuesta de caridad al encuentro del creyente con Cristo en los pobres. La praxis comienza como un acto de contemplación, en el que el creyente reconoce la presencia de Cristo en los más necesitados. Este primer acto implica una opción preferencial y solidaria hacia ellos, una respuesta en la que la fe proporciona los principios de interpretación y los criterios de juicio necesarios para dar sentido a esta experiencia. Posteriormente, se da un acto reflexivo y teórico, que busca hacer un análisis crítico de la experiencia vivida y discernir los elementos teológicos y sociales que en ella se juegan (Scannone, 1994).

No es un comienzo maternal, sino hermenéutico desde la cual se abre la óptica con la cual esa Palabra y los contenidos de la fe de la Iglesia serán interpretados, no se trata únicamente de la opción de fe y las conversiones intelectuales, éticas/religiosas sino además de estas, de una conversión histórica que les da cuerpo, es decir, de la opción preferencial y solidaria por los pobres.

El *Ver* también nos permite acercarnos de manera más honesta y comprometida a la realidad concreta de los pueblos, como se menciona anteriormente, no meramente desde una figura maternalista, sino también desde una lectura intelectual y praxeológica. Este acercamiento a la realidad, desde la experiencia viva de los pobres, permite no solo identificar las situaciones de dolor y exclusión, sino también descubrir los brotes de esperanza y las formas de resistencia y organización popular que revelan la presencia de Dios en medio del pueblo. Como lo sostiene el Documento de Puebla, “la evangelización, como anuncio liberador, debe partir del conocimiento de la realidad y de su análisis, que permitan discernir los signos de los tiempos” (DP, n. 1064). El *Ver*, en este sentido, no es neutro ni aséptico, sino una mirada crítica y compasiva que se deja interpelar por el sufrimiento de las mayorías empobrecidas y busca, desde ahí, entender la acción salvadora de Dios.

Este primer paso conduce necesariamente al *Juzgar*, que consiste en confrontar esa realidad iluminada por la fe con la Palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia. Aquí, la teología no permanece en la mera contemplación de los hechos, sino que busca discernir las causas profundas de las situaciones vividas, sus consecuencias y, sobre todo, su sentido a la luz del Evangelio. No se trata de un juicio moral sobre las personas, sino de una valoración crítica de las estructuras, relaciones y dinámicas sociales que generan exclusión, pobreza y sufrimiento. Según Scannone (1994), este discernimiento teológico no puede hacerse al margen de una opción preferencial y solidaria por los pobres, que se convierte en criterio hermenéutico desde el cual se interpreta la Escritura, la Tradición y el Magisterio.

El *Actuar* es el momento en el que la fe se traduce en compromiso concreto y praxis transformadora de la realidad. No basta con analizar o contemplar las situaciones de injusticia desde la fe; es necesario tomar partido en favor de los pobres y oprimidos, buscando transformar las condiciones estructurales que generan exclusión y sufrimiento.

Este último paso es, dentro del método teológico latinoamericano, el momento en que la reflexión de fe y el discernimiento crítico se convierten en compromiso concreto. No se trata únicamente de identificar las situaciones de injusticia o contemplarlas desde una mirada externa, sino involucrarse activamente en su transformación. Desde esta perspectiva, la fe no puede permanecer como una adhesión íntima o abstracta, sino que debe encarnarse en una praxis liberadora que busque modificar las condiciones estructurales que oprimen a los pueblos.

Gutiérrez (1971) afirma que “el seguimiento de Jesús se verifica en la praxis histórica de liberación” (p. 27), es decir, en el compromiso efectivo con los más pobres, donde se articula la espiritualidad con la acción social. En este sentido, el *Actuar* no es opcional ni accesorio para la teología latinoamericana, sino una exigencia inherente a la fidelidad al Evangelio y a la opción preferencial por los pobres.

Es una espiritualidad del seguimiento de Jesús hasta la experiencia pascual como lo menciona Romo (2006). Se refiere entonces a una forma de vivir de la fe que no se queda en el plano del únicamente del *ver* o de sentimentalismos, sino que implica asumir en la propia vida el camino de Jesús, es que el cristiano sea discípulo y misionero como lo afirma el documento de Aparecida. Un claro ejemplo de este discípulo misionero es Saulo, en Damasco, en seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: «que él era el Hijo de Dios» (Hch 9,20).

La opción por los pobres señala la forma más radical de las bienaventuranzas el lugar exacto para practicar las experiencias evangélicas de providencia, fraternidad, solidaridad y comunión, como lo dice el evangelio de Mateo “Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me recibisteis” (Mt 25,35).

Esta espiritualidad es encarnada en la historia, que reconoce la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo como experiencia concreta de liberación. La experiencia pascual el paso de la muerte a la vida, de la opresión a la esperanza es, en la teología latinoamericana, una categoría central, porque inspira a los creyentes a no tener miedo de asumir las consecuencias del compromiso con los empobrecidos y excluidos. No se trata solo de acompañar en el sufrimiento, sino de caminar hacia la vida nueva junto con ellos.

En el contexto de los migrantes venezolanos en Colombia, esta espiritualidad se hace especialmente significativa. Muchas de estas personas experimentan situaciones que remiten a la Pasión: rechazo social, discriminación, sufrimiento físico y emocional. Pero también como resistencia en sus grupos de apoyo comunitario como lo son las familias, en sus experiencias de fe y en su lucha por la dignidad, se puede redescubrir la presencia del Resucitado. Es allí donde la Iglesia está llamada a vivir esta espiritualidad pascual: no como un consuelo resignado, sino como un impulso liberador y esperanzador, como se menciona en el documento de Aparecida “La Iglesia es una comunidad de discípulos misioneros, llamada a ser signo e instrumento del

Reino de Dios en medio de los pueblos” (Consejo Episcopal Latinoamericano [CELAM], 2007, p. 370).

Como señala Romo (2006): “El seguimiento de Jesús conlleva necesariamente la asunción de la cruz y la certeza de la resurrección, en medio de las luchas históricas por la vida digna” (p. 12). Este enfoque permite entender que la fe cristiana no evade el sufrimiento, sino que lo enfrenta, lo asume solidariamente y anuncia, desde la esperanza pascual, que la vida siempre tendrá la última palabra sobre la muerte.

Se trata de un círculo metodológico en espiral ascendente: ver, pensar actuar, evaluar y celebrar. El “ver” se refiere a la vida cotidiana contemplada desde los ojos del pueblo pobre y explotado, el “pensar” es un análisis de la realidad concreta que viven los miembros de las comunidades cristianas de base (ccb), el “actuar” es la praxis transformadora, el “evaluar” es el balance de la acción ante la perspectiva de la utopía querida y el “celebrar” es la combinación de la experiencia espiritual producida por la acción “ortopráctica” y la expresión religiosa. (Romo, 2006, p. 7)

Capítulo 2: signo de los tiempos y solicitud de la iglesia

2.1. Estadísticas de migrantes

La migración, más allá de ser únicamente un fenómeno social, político o económico, debe comprenderse como una realidad profundamente humana que atraviesa múltiples dimensiones de la vida. Si bien muchos países abordan la migración desde un enfoque estructural

o estadístico, lo cierto es que este fenómeno refleja las búsquedas, dolores y esperanzas de millones de personas en todo el mundo.

En cuanto a los países que más migrantes reciben, Estados Unidos continúa siendo el principal destino a nivel global, concentrando una de las poblaciones migrantes más grandes. En Europa, Alemania destaca por su alta tasa de inmigración, atrayendo personas de diversas regiones. En el Medio Oriente, naciones como Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos cuentan con una proporción muy elevada de población migrante, especialmente compuesta por trabajadores provenientes de Asia y África. Por su parte, España ha visto un aumento considerable de comunidades migrantes, sobre todo provenientes de Colombia, Venezuela y Marruecos, mientras que Canadá se distingue por sus políticas inclusivas de inmigración y acogida de refugiados, así como por las oportunidades laborales en múltiples sectores.

Respecto a los países con mayor número de personas que emigran, India encabeza la lista con aproximadamente 17.87 millones de personas viviendo fuera del país. Le siguen México, con alrededor de 11.19 millones de migrantes principalmente en Estados Unidos, y Rusia, con más de 10.75 millones. China cuenta con cerca de 10.46 millones de emigrantes, y Siria, debido al conflicto armado y la crisis humanitaria, ha generado el desplazamiento forzado de más de 8.45 millones de personas.

En América Latina, la situación venezolana representa el flujo migratorio más significativo. Más de 7.7 millones de venezolanos han abandonado su país en los últimos años, impulsados por una profunda crisis humanitaria caracterizada por el colapso económico, la escasez de alimentos y medicinas, la inseguridad, la pérdida de acceso a servicios básicos como salud y educación, así como la persecución política. Los principales destinos de esta diáspora han sido países vecinos como Colombia, Perú, Ecuador, Chile y Brasil, así como Estados Unidos y España.

Es importante señalar que, en los últimos años, Colombia se ha convertido en un país de tránsito para ciudadanos extranjeros que buscan llegar a Estados Unidos. De acuerdo con datos de Migración Colombia, se ha registrado un aumento significativo en el número de migrantes irregulares detectados, especialmente en la región del Pacífico colombiano, siendo el municipio de Turbo, en Antioquia, uno de los puntos con mayor afluencia de tránsito migratorio.

Colombia no solo recibe migrantes provenientes de países vecinos como Venezuela, sino también de regiones más lejanas, especialmente de Asia y África. Muchos de ellos atraviesan el país con la intención de llegar a Estados Unidos, enfrentando una de las rutas migratorias más peligrosas del mundo: el Tapón del Darién. Esta selva, ubicada en el Urabá antioqueño y que conecta a Colombia con Panamá, es un territorio de una riqueza natural inmensa, pero a la vez es un espacio hostil y prácticamente impenetrable, donde decenas de migrantes pierden la vida año tras año.

La travesía se hace aún más riesgosa debido a la acción de los llamados coyotes, personas que se lucran del dolor ajeno, ofreciendo un paso que no siempre garantizan, y que en muchas ocasiones termina con los migrantes abandonados en medio de la selva. Quienes logran salir con vida de esta travesía, son recibidos por el Servicio Nacional de Fronteras en Panamá, que los traslada a campos de refugiados cuyas condiciones distan mucho de ser dignas.

Esta realidad no es ajena a la experiencia pastoral que motivó esta sistematización, pues muchas de las familias migrantes con las que se trabajó inicialmente en Colombia migraron hacia Estados Unidos en busca de refugio, y de ellas se perdió contacto. Sin embargo, hubo un caso particular que dejó una profunda huella: una familia conformada por una abuela, su hija y dos niños pequeños, de entre dos y cinco años. En una de las pocas llamadas que lograron realizar, pedían desesperadamente recursos económicos para poder pagar el paso a través de la selva, ya que los coyotes no dan espera y, de no pagar, quedan a merced de un destino incierto.

Este testimonio refleja la crudeza de las decisiones que miles de migrantes deben tomar y pone en evidencia la urgencia de una respuesta pastoral y teológica que acoja, proteja y acompañe estos procesos desde la opción preferencial por los pobres y la defensa de la vida.

Es en este contexto donde se fundamentará la sistematización de la experiencia. Sin embargo, antes de abordar los aspectos teológicos que atraviesan esta investigación, es importante realizar una distinción de los términos que serán utilizados a lo largo del documento. Esta precisión conceptual permitirá garantizar una comprensión adecuada y una interpretación ordenada de los conceptos que estructuran el desarrollo de la reflexión.

2.2. Concepto de migración

La migración es el concepto más amplio y general. Se refiere al desplazamiento de personas de un lugar a otro, ya sea dentro de un mismo país (migración interna) o hacia otro país (migración internacional), con el propósito de establecerse de forma temporal o permanente, por razones económicas, sociales, políticas, religiosas o ambientales (Organización Internacional para las Migraciones [OIM], 2024).

La emigración se utiliza para describir el acto de salir del país de origen para residir en otro lugar. Desde la perspectiva del país de partida, una persona que se va es considerada emigrante. Por ejemplo, cuando un venezolano se traslada a Colombia, desde Venezuela se habla de un emigrante.

La Inmigración, en cambio, hace referencia a la llegada de una persona a un país distinto de su lugar de origen para establecerse en él. Desde la perspectiva del país receptor, esa persona es un inmigrante. Siguiendo el mismo ejemplo, desde Colombia, el venezolano que llega es considerado inmigrante.

La diferencia está en el punto de vista desde donde se enuncia:

- Si se ve desde el país de origen: emigración.
- Si se ve desde el país de destino: inmigración.
- Si se considera en términos generales, sin señalar origen o destino: migración.

Una vez conocidas algunas cifras sobre la migración y ubicada la reflexión en una realidad concreta, como lo es la migración de venezolanos hacia Colombia, y habiendo aclarado la distinción terminológica correspondiente, se procede a abordar el componente teológico. Desde la teología del Pueblo de Dios, el fenómeno migratorio no se percibe únicamente como un dato estadístico o un problema social, sino como un auténtico lugar teológico, es decir, un espacio en el que Dios se hace presente en la historia y a través del cual interpela a su Iglesia a asumir una actitud solidaria, compasiva y comprometida con los más vulnerables.

2.3. Fundamentos teológicos para la comprensión de la experiencia migrante

Para Cano (2006), teólogo dominicano del siglo XVI, los lugares teológicos (*loci theologici*) son “las fuentes o fundamentos desde donde se extraen las razones y argumentos para establecer o defender las verdades de la fe” (p. 1). Cano (2006) los clasifica en dos grandes grupos: los lugares propios como (La Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio) y los lugares impropios (como la razón, la historia o la experiencia humana).

En la teología contemporánea, sobre todo en Latinoamérica, se ha ampliado este concepto para no incluir solo fuentes doctrinales, sino también situaciones concretas de la vida y la historia donde se hace presente Dios y donde es posible comprender su voluntad.

Como lo expresa Gutiérrez (1971) “los pobres, los oprimidos y las víctimas de la injusticia constituyen un lugar teológico privilegiado, porque en ellos se revela de modo particular el rostro sufriente y esperanzador de Cristo” (p. 57).

Esto significa que la experiencia de migración, pobreza, opresión o resistencia popular no son solo temas sociales, sino realidades desde donde Dios habla y desde donde la teología debe pensar la fe y su misión en la historia.

Hablar de migrantes en teología es esencial porque, como ha señalado reiteradamente el Papa Francisco, el rostro de Cristo se reconoce de modo privilegiado en el rostro de quienes son excluidos, desplazados y vulnerados en su dignidad.

Francisco (2018) ha afirmado que “las migraciones no son hoy solo un fenómeno social o humano, sino también un lugar teológico donde Dios se revela y donde la Iglesia está llamada a actuar” (p. 1). En este sentido, la migración no solo exige respuestas caritativas o asistenciales, como se mencionaba anteriormente, sino una reflexión profunda sobre lo que significa ser Iglesia, Pueblo de Dios en camino, y sobre cómo se actualiza hoy el mandato evangélico de acoger, proteger, promover e integrar a los migrantes y refugiados.

2.3.1. Ecclesiológia y migración: hacia una Iglesia en salida

La migración, leída desde esta teología eclesial, no es simplemente un dato sociológico sino una experiencia eclesial y teológica. Los migrantes no son solo beneficiarios de la pastoral, sino sujetos eclesiales que interpelan la identidad misma de la Iglesia como comunidad misionera y solidaria. Como señala Congar (1960), la Iglesia se construye a partir de la comunión de todos los bautizados, pero especialmente desde aquellos que, por su pobreza o marginalidad, se convierten en testigos privilegiados del Reino de Dios.

Para Congar (1960), la Iglesia no es una institución cerrada sobre sí misma, sino un pueblo en camino que vive su fe encarnada en la historia, en diálogo con el mundo y al servicio de la humanidad. En su reflexión sobre la Iglesia como *Pueblo de Dios*, Congar (1960) subraya

que la Iglesia debe situarse al lado de los pobres, de los desplazados y de quienes sufren exclusión, pues es allí donde la presencia de Dios se revela de manera privilegiada.

La Iglesia se edifica dentro de la historia humana, respondiendo así al deseo de distintas confesiones cristianas de situar la reflexión teológica en el marco de la historia de la salvación. En este sentido, se busca mostrar cómo la Iglesia se despliega en medio de la humanidad, abarcando a personas de diversas realidades y situaciones en relación con la plenitud de vida que se encuentra en Cristo y que la Iglesia, como sacramento, testimonia y comunica. Asimismo, se pretende resaltar aquello que es común a todos los miembros del Pueblo de Dios: una dignidad compartida por el hecho de ser cristianos, que antecede y trasciende cualquier distinción de funciones, oficios o estados dentro de la comunidad eclesial.

Uno de los duelos más profundos y silenciados que viven millones de familias en el mundo actual es el que provoca la migración. Incluso cuando se da de manera voluntaria, migrar nunca es un acto sencillo ni carente de heridas. No se trata únicamente de dejar atrás bienes materiales o una tierra conocida, sino de separarse de vínculos afectivos, recuerdos, historias compartidas y todo aquello que ha dado sentido y estabilidad a la propia existencia. Con cada migración, voluntaria o forzada, se fracturan relatos personales y familiares sobre quiénes somos, qué lugar ocupamos en el mundo y cuáles son nuestras certezas sobre el porvenir.

La partida implica también la pérdida de seguridades cotidianas, de la lengua, de los rostros conocidos y de las costumbres que dan identidad. Se rompe, en muchos casos, la continuidad de una vida proyectada, y en su lugar surge la incertidumbre: ¿qué queda de nosotros cuando se desdibujan los paisajes que habitamos y las personas que amamos? La migración, así entendida, no solo es un tránsito geográfico, sino un tránsito emocional, social, espiritual y existencial, que toca las fibras más íntimas de la condición humana.

Sin embargo, la Buena Noticia es que el Dios que se revela en Jesucristo es un Dios que “ve, oye, conoce y desciende” (Ex 3, 7-8). No es indiferente ni permanece distante ante el sufrimiento humano, sino que se conmueve y actúa. Es el Dios al que se le estremecen las entrañas, que cede a la compasión y manifiesta una ternura infinita por aquellos que sufren (Jr 31, 20).

Si la misericordia es el rasgo más alto del rostro de Dios, y el discípulo misionero está llamado a configurarse con su Señor, entonces la realidad migratoria que atraviesa el país y toca sus fronteras debe convertirse en una interpelación concreta. No puede quedar en una reflexión teórica ni en una respuesta asistencial momentánea, sino que debe motivar a vivir una misericordia activa que reconozca en cada migrante el rostro mismo de Cristo, sin distinción de origen, nacionalidad o confesión religiosa.

Francisco (2015) recuerda que “la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia” (p. 10) y debe hacerse tangible en las obras concretas, especialmente hacia los más pobres y marginados, entre quienes hoy se encuentran los migrantes y refugiados.

Ahora bien, esta misericordia auténtica no puede quedarse en el plano de lo emocional o asistencial. Implica necesariamente una conversión personal, comunitaria y pastoral. Francisco (2020) insiste en que el encuentro con el otro, sobre todo con el migrante y el refugiado, es una oportunidad de conversión que desinstala, cuestiona y lleva a replantear las actitudes y estructuras desde una mirada evangélica. Es un llamado a pasar de una religiosidad cerrada a una fe encarnada y comprometida, que se deja afectar por el sufrimiento ajeno y se traduce en acciones de justicia, hospitalidad y solidaridad.

2.3. Caridad y conversión: una llamada evangélica desde la herida del migrante

La caridad, entendida como compasión activa, se ubica desde la perspectiva del herido para reivindicar su dolor, dignificar su historia y transformar no solo su situación personal, sino también las estructuras sociales y económicas que generan exclusión. Así, se hace necesaria una crítica a las actitudes paternalistas y a esa piedad superficial que se conforma con gestos ocasionales, proponiendo en cambio una caridad que brote de una auténtica conversión evangélica.

La conversión es una categoría cristiana fundamental de cambio *metanoia* personal y comunitario. Se trata de un nuevo sentir y vivir en la voluntad de Dios: que es amor caridad y que exige una nueva ruta en la vida. No se trata de un cambio de religión o una adopción de un credo. Tampoco se trata de una expresión moralista para dejar vicios o para adoptar virtudes. La conversión es aprender a ver con “otros ojos”. Gutiérrez (1971) recurre constantemente en sus obras al ejemplo evangélico del asaltado en el camino y el Buen samaritano (Lc 10, 29) para explicar cómo la caridad requiere *metanoia* y despojarse del poder, bajarse del caballo, para adquirir un nuevo poder que es la transformación radical del mal que asesina. La conversión es un término que se ha ideologizado con frecuencia para desmovilizar y reducir a una serie de prácticas absurdas lo que significa una revolución de vida personal y social (Romo, 2006).

Este llamado a la conversión no es una simple invitación espiritual o emocional, sino una exigencia profundamente evangélica que interpela a mirar la realidad desde la perspectiva de los más vulnerables. Como bien lo han sostenido Gutiérrez y Müller (2013), la opción preferencial por los pobres no es un añadido accesorio a la fe cristiana, sino una dimensión esencial que configura la forma de comprender y vivir el Evangelio. Esta opción se convierte en una clave hermenéutica que orienta la reflexión teológica a partir de la experiencia concreta de quienes sufren exclusión y marginación.

Desde esta perspectiva, la redención debe entenderse como acción liberadora, como se muestra ya en el Antiguo Testamento en el libro del Éxodo (Gutiérrez Y Müller, 2013). No se trata únicamente de una liberación espiritual o futura, sino de una intervención concreta de Dios en la historia, a favor de los oprimidos y marginados. Este enfoque teológico invita a los cristianos a asumir una actitud de conversión integral, que no solo transforme el corazón, sino que impulse a actuar en favor de quienes hoy cargan con las cadenas del desarraigo, la pobreza y la exclusión.

En este sentido, como lo afirman Gutiérrez y Müller (2013), “Dios libera a los hombres para obtener para ellos su libertad y su salvación” (p. 38). Esta convicción trasciende lo meramente espiritual para tocar la vida concreta de las personas, especialmente de aquellos que sufren las consecuencias de la exclusión y la injusticia. Los migrantes, en este contexto, se convierten en un auténtico lugar teológico, en signos visibles de las injusticias estructurales que persisten y que exigen una respuesta ética, pastoral y teológica de la Iglesia. La fe cristiana, por tanto, no puede desentenderse de estas realidades sin traicionar su raíz evangélica.

Es la “fe que opera por la caridad” (Gal 5, 6) la que impulsa a mirar el rostro del migrante no como una estadística anónima, sino como presencia viva de Cristo peregrino, que sigue caminando por los caminos del mundo en quienes sufren el desarraigo, la pobreza y la exclusión. Como ha recordado el Papa Francisco, “en cada migrante está presente Cristo, obligado como ellos a huir para salvarse” (Francisco, 2018, p. 7). Esta afirmación no es solo una bella imagen pastoral, sino una convicción teológica que lleva a la Iglesia a reconocerse peregrina junto a quienes son desplazados y vulnerados.

Así, la caridad cristiana se convierte en un compromiso concreto que humaniza, consuela y transforma las estructuras injustas. No basta con sentir compasión o brindar ayuda puntual; se exige una conversión pastoral, social y espiritual que permita hacer visible el Reino de Dios en

medio de estas realidades. De esta manera, las experiencias migratorias se constituyen en verdaderos lugares teológicos, donde Dios se revela y desde donde la teología puede y debe repensarse.

La caridad de Cristo hacia los migrantes manifestada de modo preferencial hacia los más vulnerables y excluidos, se convierte en un llamado urgente a la Iglesia para acompañar, proteger, promover e integrar a las personas migrantes. En los rostros de quienes dejan su tierra forzados por la violencia, la pobreza o la falta de oportunidades, se actualiza hoy la imagen del pueblo de Israel en éxodo y la del mismo Cristo, migrante y refugiado en Egipto (cf. Mt 2,13-15).

El Papa *en Ecclesia in America*, señala que los rostros de los hermanos y hermanas migrantes constituyen un desafío pastoral prioritario para las Iglesias particulares y que es deber de la Iglesia promover una cultura de acogida, de solidaridad y de respeto de los derechos humanos de todos los migrantes (The Holy See, 1999, p. 65). El documento recuerda que la movilidad humana, cuando es forzada, conlleva sufrimientos y fracturas que demandan una pastoral migratoria articulada, que no se limite a gestos asistenciales, sino que procure incidir en las causas estructurales que obligan a las personas a migrar.

Con este horizonte, el siguiente capítulo propone dialogar entre la experiencia migratoria concreta y la reflexión teológica, reconociendo en la historia de los migrantes un llamado urgente a la conversión y a la construcción de una Iglesia en salida, solidaria y samaritana.

Capítulo 3: el éxodo de los venezolanos

3.1. La presencia de Dios en la historia migratoria

El libro del Éxodo presenta una narrativa fundamental sobre la liberación integral de un pueblo sometido a la esclavitud y opresión, un proceso que abarca dimensiones sociales, políticas y espirituales. Esta liberación no solo implica la salida física de Egipto, sino también un llamado a caminar hacia una vida renovada, en la que se asume una nueva identidad comunitaria y una relación estrecha con Dios. En este sentido, la experiencia de los migrantes venezolanos que enfrentan condiciones de exclusión, desplazamiento y vulnerabilidad puede ser comprendida a la luz de esta narrativa bíblica. Así como el pueblo de Israel fue llamado a superar la esclavitud y la idolatría para constituirse como comunidad, los migrantes están invitados a un tránsito que va más allá de la mera supervivencia: un camino que exige reconstrucción, solidaridad y búsqueda de dignidad en medio de la adversidad.

Además, el Éxodo subraya la importancia de superar la mezquindad y el egoísmo, adoptando una perspectiva comunitaria que pone en el centro el bienestar colectivo. Este llamado resuena con la necesidad urgente de reconocer y responder a la realidad de los migrantes no como sujetos aislados o problemáticos, sino como parte integrante de una comunidad humana y espiritual. La experiencia migratoria, entonces, se convierte en un espacio teológico donde se revela la presencia de Dios en la historia, y donde la Iglesia es interpelada a ser fiel al proyecto liberador que Dios inicia con su pueblo. La praxis pastoral que acompaña a los migrantes encuentra en el relato del Éxodo un fundamento que legitima y motiva el compromiso de solidaridad activa, más allá de gestos asistenciales, hacia una transformación social y espiritual profunda.

La Sagrada Escritura está marcada por relatos de pueblos y personas migrantes: Abraham, quien deja su tierra por fidelidad al llamado divino (Gn 12,1); el éxodo del pueblo de Israel liberado de la esclavitud de Egipto (Ex 3,7-10); y, en el Nuevo Testamento, la propia familia de Jesús, que debe huir a Egipto para escapar de la persecución de Herodes (Mt 2,13-15). Estos relatos no son hechos aislados, sino que configuran una constante en la historia de la salvación: Dios se revela como compañero de camino de los desplazados, los pobres y los excluidos.

En esta línea, el Documento de Aparecida señala que “el rostro sufriente de los migrantes y desplazados es el rostro sufriente de Cristo mismo” (CELAM, 2007, p. 411), reafirmando la dimensión teológica y pastoral de este fenómeno humano. La migración se convierte, así, en una experiencia de tránsito, de búsqueda de vida digna y de encuentro con Dios en la fragilidad del camino, donde se revela el rostro misericordioso y liberador del Señor.

Desde una mirada bíblica, el libro del Éxodo ocupa un lugar central para comprender esta dinámica. Como advierte Carlos Mesters, la lectura bíblica hecha desde las comunidades de base

y los sectores empobrecidos permite redescubrir el texto sagrado en el contexto de una vida eclesial concreta y desde una realidad histórica determinada (Romo, 2006). El Éxodo narra el paso de un pueblo esclavizado hacia su liberación, convirtiéndose en paradigma de todos los procesos humanos de búsqueda de dignidad y libertad. De hecho, la tradición bíblica está llena de relatos de desplazamiento, exilio y migración que muestran cómo Dios camina con su pueblo, especialmente con aquellos que viven en condición de fragilidad y desarraigo.

Este capítulo, por tanto, propone un diálogo entre la experiencia concreta de los migrantes como signo visible de las injusticias actuales y la reflexión teológica a la luz del Éxodo. Se busca, desde la práctica pastoral y la escucha de los relatos migratorios, iluminar teológicamente estos caminos de dolor y esperanza, reconociendo en ellos la presencia activa de un Dios que libera y acompaña.

La experiencia de esclavitud y opresión constituye una negación profunda de la dignidad humana, que no debería darse ni siquiera entre hermanos del mismo pueblo. En el relato bíblico del Éxodo, esta situación no es solo un problema social o político, sino también un llamado a la liberación espiritual y comunitaria, como se mencionaba anteriormente. Sin embargo, como se observa en el texto sagrado, la mayor esclavitud a la que se enfrenta el pueblo no es solo externa, sino la del pecado, que genera resistencia y dificulta la aceptación de los caminos de Dios (Ex 32,1-6; Jr 14,7).

A pesar de esta resistencia, Dios permanece fiel y cercano, dispuesto a mantener una alianza que da identidad y sentido al pueblo: «Yo los haré mi pueblo, y seré su Dios; y sabrán que yo soy Yahvé, su Dios[...]» (Ex 6,7). Esta promesa es un fundamento teológico que resalta la importancia de la relación entre Dios y su pueblo, una relación que se vuelve horizonte para toda experiencia de liberación y conversión.

Desde esta perspectiva, la práctica pastoral con migrantes y desplazados encuentra en el Éxodo un paradigma fundamental. La opresión y el desarraigo que viven muchas personas migrantes son formas contemporáneas de esclavitud que requieren no solo respuestas humanitarias, sino también un compromiso teológico que asuma la experiencia del migrante como lugar teológico desde donde Dios se revela. En este sentido, la Iglesia está llamada a acompañar y promover procesos de conversión que transformen tanto al individuo como las estructuras sociales que generan exclusión (Gutiérrez y Müller, 2013).

Así, la praxis pastoral iluminada por la tradición bíblica es un compromiso con el Dios que libera y acompaña en la historia, invitando a la comunidad a ser instrumento de esa liberación concreta, expresando una fidelidad activa a la alianza divina.

La historia del Éxodo puede parecer una narrativa donde Dios permanece oculto o distante, casi como si hubiera olvidado las promesas hechas a los patriarcas de Israel. En medio del sufrimiento y la opresión, surgen preguntas legítimas: ¿Dónde está Dios? ¿Qué papel juega en la historia de su pueblo? ¿Por qué no actúa de inmediato para aliviar el dolor? (Ex 1,17; 2,2; 2,4-6). Estas interrogantes resuenan con fuerza en la experiencia de muchos migrantes venezolanos, quienes se enfrentan a la incertidumbre, la exclusión y el desarraigo en su tránsito hacia una vida mejor.

Sin embargo, aunque Dios parezca estar escondido, la narrativa bíblica destaca la acción providente que se manifiesta a través de personas que desafían el poder opresor con valentía y compasión. Las parteras, “temerosas de Dios”, salvaron a los niños hebreos (Ex 1,17); la madre protegió a su hijo ocultándolo (Ex 2,2); la hermana cuidó del niño entre los juncos (Ex 2,4); y la hija del faraón, aun sabiendo que era hebreo, lo adoptó (Ex 2,6). Estas figuras representan los signos visibles de la solidaridad y el amor que sostienen a quienes sufren y padecen la exclusión.

De manera semejante, en la realidad actual, existen hombres y mujeres que se convierten en instrumentos de la acción salvadora de Dios, acompañando a los migrantes en su camino, ofreciéndoles apoyo, protección y esperanza. Para los migrantes venezolanos, estos gestos constituyen la presencia silenciosa de Dios en medio del sufrimiento, recordándoles que no están solos y que su dignidad permanece intacta pese a las adversidades.

Este diálogo entre la praxis y la teología muestra que, aunque la acción de Dios no siempre sea visible en forma inmediata, su presencia se hace palpable a través de la vida concreta de los migrantes y de quienes los acompañan.

La manifestación de Dios en el Éxodo no se limita a los grandes prodigios, sino que encuentra su expresión más significativa en el Monte Sinaí, donde Dios se revela con poder y establece una alianza con su pueblo a través de los mandamientos. Este pacto no solo marca un acuerdo legal, sino que también propone un nuevo modo de convivencia basado en la dignidad y la justicia (Tapia y Soltero, 2010). En el contexto migratorio actual, estos principios se reeditan en las relaciones fraternas que se tejen entre migrantes y comunidades de acogida, donde la solidaridad sustituye a la indiferencia, y la dignificación de la vida se convierte en un acto teológico.

Sin embargo, como en la experiencia del pueblo de Israel, que a pesar de haber aceptado el pacto cayó en la idolatría construyendo un becerro de oro, las comunidades enfrentan la tentación de las seguridades fáciles y los prejuicios, que impiden reconocer el rostro de Dios en el migrante. La ruptura de la alianza en Éx 32,4 evidencia la fragilidad humana y la inclinación a buscar refugio en falsas certezas antes que sostenerse en la confianza en el Dios liberador (Tapia y Soltero, 2010).

No obstante, la respuesta divina ante esta infidelidad no es la condena, sino la misericordia. Dios, a través de la intercesión de Moisés, perdona a su pueblo y renueva su

alianza, manifestándose como un “Dios compasivo y clemente, lento para la ira y rico en amor y fidelidad” (Éx 34,6-7). Esta experiencia enseña que la verdadera liberación no se limita a la superación de situaciones materiales, sino que también implica sanar las relaciones rotas y restaurar la dignidad de las personas, un aspecto clave en los procesos de acompañamiento pastoral a migrantes.

3.2. De la teofanía al acompañamiento cotidiano

Finalmente, el paso de las teofanías aterradoras del Sinaí a la presencia permanente de Dios en la Tienda del Encuentro, donde camina junto a su pueblo en medio del desierto, simboliza una pedagogía de la cercanía divina. De manera semejante, en el acompañamiento a la población migrante, Dios se hace presente en lo cotidiano: en la entrega de alimentos, en la palabra de consuelo, en el acto de compartir una mesa o en los espacios comunitarios que permiten reconstruir vínculos y esperanzas.

Este paralelismo entre la historia de Israel y la experiencia migratoria actual invita a reconocer que cada proceso de migración puede ser también un itinerario teológico, donde se revela un Dios que no abandona, sino que camina, sufre y se alegra con su pueblo en cada tramo del éxodo contemporáneo.

De manera análoga, el libro del Éxodo muestra que la liberación de Israel no solo significó el abandono físico de Egipto, sino, sobre todo, la constitución de una identidad como pueblo libre bajo la soberanía de Dios. Antes de este acontecimiento, los descendientes de Abraham existían como un colectivo oprimido, pero es a partir de la experiencia del éxodo y de la alianza en el Sinaí cuando se consolidan como pueblo de Dios (Tapia y Soltero, 2010). Esta identidad nueva implica una ruptura definitiva con el dominio del faraón, para reconocer a

Yahvé como único soberano, como se expresa reiteradamente: “Deja ir a mi pueblo para que me sirva” (Ex 5,1; 7,16).

La experiencia migratoria de los pueblos desplazados hoy guarda resonancias con esta dinámica fundante. En medio de las adversidades, del desarraigo y de la incertidumbre, emergen nuevas identidades comunitarias que, como Israel en el desierto, deben definir a quién seguir y bajo qué principios reconstruir su vida. La libertad no se agota en la huida del opresor, sino que se realiza plenamente cuando se asume un proyecto común, regido por valores que restituyen la dignidad humana, la solidaridad y el respeto por el otro (Ex 20,1-17).

En el relato bíblico, esta transición implicó dejar de ser siervos de un señor humano para pasar a una relación filial con Dios. “Yahvé no toma a Israel como esclavo, sino que le ofrece mandamientos, tierra y descanso como signos de responsabilidad compartida y vida digna: Israel es mi hijo primogénito” (Ex 4,22). En términos teológicos, se trata de una liberación que no es solo política sino integral, que abarca también la liberación de toda forma de idolatría y del pecado que corrompe las relaciones comunitarias (Ex 32,1-6).

De igual manera, los procesos migratorios actuales interpelan a las sociedades receptoras y a las comunidades de fe a vivir esta misma dinámica de alianza, recordando que el reconocimiento de la dignidad del otro es inseparable de la fidelidad a Dios. Como enseña la Escritura: “Si de veras me obedecen y guardan mi alianza, serán mi propiedad especial entre todos los pueblos” (Ex 19,5). La experiencia migrante contemporánea, leída a la luz del Éxodo, revela un Dios que sigue caminando con su pueblo, invitando a construir comunidades de hospitalidad y justicia.

Además, el relato bíblico advierte que la mayor esclavitud no es la externa sino aquella que nace de la injusticia, del egoísmo y del pecado estructural. Por eso, la enseñanza veterotestamentaria permanece vigente: “Yo los haré mi pueblo y seré su Dios; y sabrán que yo

soy Yahvé, su Dios[...]” (Ex 6,7). Esta verdad se torna especialmente significativa en contextos migratorios marcados por la exclusión y la indiferencia social, donde se hace necesario proclamar que la dignidad y la libertad son don y tarea inseparables.

Conclusiones

Este diálogo entre la praxis migratoria y la teología bíblica, leído especialmente desde el libro del Éxodo, permite comprender la migración no solo como un fenómeno social y político, sino también como un itinerario teológico. Así como Dios caminó con Israel en su éxodo desde Egipto, hoy también se hace presente en el éxodo contemporáneo de miles de migrantes venezolanos que, en medio de la precariedad, la violencia y la exclusión, encuentran en la fe un motivo para resistir y reconstruir su proyecto de vida.

El relato bíblico evidencia que la identidad del pueblo de Israel se configura a partir de su liberación de la esclavitud y del pacto en el Sinaí, donde Dios lo reconoce como "mi pueblo" (Ex 3,7.10; 19,5-6), y le encomienda una misión de vida digna y de respeto al otro. Esta experiencia fundacional contrasta con las políticas migratorias actuales de ciertos gobiernos que refuerzan muros físicos y legales, excluyendo al extranjero bajo argumentos de seguridad, economía o identidad nacional.

Particularmente, líderes como Donald Trump en Estados Unidos impulsaron legislaciones de endurecimiento fronterizo y criminalización de migrantes, como la política de "tolerancia cero" que provocó la separación de familias en la frontera sur (Krogstad y Passel, 2019). De modo similar, Javier Milei en Argentina ha planteado un discurso que asocia la migración con el deterioro de la seguridad y los servicios públicos, proponiendo restricciones de ingreso y mayores controles (La Nación, 2023). En varios países de Asia como Malasia o Japón persisten normativas excluyentes hacia migrantes y refugiados, bajo una lógica de protección cultural y

estabilidad interna (Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, División de Población, 2023).

Estas posturas reflejan lo que en la Biblia se denuncia como opresión y olvido del forastero, acción que contradice el mandato divino: "No oprimirás al extranjero, pues ustedes fueron extranjeros en Egipto" (Ex 23,9). En este sentido, las políticas restrictivas contemporáneas reproducen nuevas formas de esclavitud social y legal, al negar derechos fundamentales a quienes huyen de contextos de violencia, pobreza o persecución.

A la luz de esta reflexión, resulta urgente recuperar una ética de hospitalidad y respeto a la dignidad humana, como propone la encíclica *Fratelli Tutti* del Francisco (2020), que afirma:

La afirmación de que todos los seres humanos somos hermanos y hermanas, si no es sólo una abstracción, sino que toma carne y se vuelve concreta, nos plantea una serie de retos que nos descolocan, nos obligan a asumir nuevas perspectivas y a desarrollar nuevas reacciones. (p. 128)

Entendida hoy también como un llamado a reconocer la libertad y el derecho de las personas a migrar en busca de condiciones dignas de vida, este mensaje interpela tanto a la comunidad eclesial como a la sociedad civil y a los gobiernos, invitando a construir estructuras sociales y jurídicas que garanticen la dignidad, la integración y los derechos de las personas migrantes.

De este modo, el éxodo bíblico y el éxodo migrante contemporáneo se iluminan mutuamente: ambos recuerdan que la humanidad está llamada a reconocerse como un solo pueblo, peregrino y en búsqueda de libertad, justicia y comunidad.

Referencias bibliográficas

Cano, M. (2006). *De locis theologicis*. BAC.

Congar. (1960). *Santa iglesia*. Editorial Estela.

Consejo Episcopal Latinoamericano [CELAM]. (2007). *Documento conclusivo de Aparecida*. CELAM.

Francisco. (2015). *Misericordiae Vultus: Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la misericordia*. Libreria Editrice Vaticana.

Francisco. (2018). *Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2018*. Libreria Editrice Vaticana. Libreria Editrice Vaticana.

Francisco. (2020). *Fratelli Tutti: Carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social*. Libreria Editrice Vaticana.

Gutiérrez, G. (1971). *Teología de la liberación: Perspectivas*. Sígueme.

Gutiérrez, G., & Müller, G. L. (2013). *Del lado de los pobres: Teología de la liberación*. Ediciones San Pablo.

Jara, O. (1 de diciembre de 2020). *La metodología de sistematización de experiencias* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=Xu7aQdKkI0E>

Krogstad, J. M., & Passel, J. S. (2019). *5 facts about illegal immigration in the U.S.* Pew Research Center. <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2019/06/12/5-facts-about-illegal-immigration-in-the-u-s/>

La Nación. (2023). *Javier Milei habló sobre migración y seguridad*. <https://www.lanacion.com.ar/>

- Migración Colombia. (29 de febrero de 2024). *Informe de migrantes venezolanos en Colombia en febrero de 2024*. <https://www.migracioncolombia.gov.co/infografias-migracion-colombia/informe-de-migrantes-venezolanos-en-colombia-en-febrero>
- Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, División de Población. (2023). *Tendencias de la migración internacional 2023*. <https://www.un.org/development/desa/pd/>
- Organización Internacional para las Migraciones [OIM]. (2024). *Informe sobre las migraciones en el mundo 2024: Perspectivas globales*. https://www.iom.int/sites/g/files/tmzbd1486/files/documents/wmr_2024_es.pdf
- Pontificia Commissio pro America Latina. (2008). *Aparecida 2007: Luces para América Latina, 50 años (21 de abril de 1958 – 21 de abril de 2008)*. Libreria Editrice Vaticana.
- Romo, P. (2006). *Teologías de la liberación*. [Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales]. <https://www.iis.unam.mx>
- Scannone, J. C. (1994). Situación de la problemática del método teológico en América Latina. En A. VV., *El método teológico en América Latina* (págs. 19–50). CELAM.
- Scannone, J. C. (2018). *La Teología del Pueblo. Raíces teológicas del Papa Francisco*. Sal Terrae.
- Tapia, O., & Soltero, C. (2010). *Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio (Vol. 4)*. Editorial Verbo Divino.
- The Holy See. (1999). *Ecclesia in America*. Libreria Editrice Vaticana.